

COMUNICACIÓN INTERPERSONAL E “INCOMUNICACIÓN”. UNA APROXIMACIÓN A LAS GRAMÁTICAS DE LA DESCONFIANZA

Vivian Romeu Aldaya

1. Las aristas psicológicas y sociológicas de la desconfianza, un muy breve panorama introductorio

Los estudios de comunicación tienen una deuda grande y pendiente con la comunicación interpersonal, sobre todo en el campo latinoamericano donde el enfoque mediático resulta aún hoy dominante. Por ello, a pesar de que, quizá por su naturaleza interactiva, la investigación y la reflexión sobre la comunicación interpersonal debería ser uno de sus objetos de estudio más legítimos, el campo de la comunicación adolece en la actualidad de un amplio número de investigaciones al respecto.

Este trabajo pretende contribuir a la consolidación de un área teórica en torno a la reflexión sobre la naturaleza de la comunicación interpersonal y sus modos de acción, específicamente a través del abordaje de un aspecto nocivo –comunicativa y humanamente hablando– en las relaciones interpersonales de todos los tiempos: la desconfianza, ya que aunque si bien ésta no resulta privativa de la comunicación interpersonal, es particularmente dañina para los sujetos y los procesos comunicativos mismos, cuando se da en este tipo de comunicación.

Fernández Christlieb, en su texto *Teoría de las emociones o teoría de afectividad colectiva* (1994: 105-108), plantea que la confianza es un sentimiento cálido, es decir, del orden de lo hogareño, lo nutricional; de ahí que la desconfianza, en su eterna oposición a la confianza, resulte entonces un sentimiento percibido como frío e inhóspito donde no hay refugio ni protección. Paradójicamente, según el autor, la confianza en su calidez, que es una adjetivación que también se asocia con cierta debilidad, es del orden de lo sólido ya que funciona como algo sobre lo que uno se puede recostar o descansar sin temor. En oposición, la desconfianza se sitúa en el espacio de lo débil, de lo que no está seguro; de ahí quizá su relación con el malentendido como aquello oscuro que necesita aclaración.

La desconfianza es tanto sensorial como racional ya que además de estar soportada en gestos, miradas y movimientos también adquiere forma lingüística a través de las palabras con que se describe. Allí donde no hay reconocimiento legítimo ni comunión real con el Otro, ya sea éste sujeto individual, colectivo o social, la desconfianza aparece y con ella el malentendido y la “incomunicación” porque ante la desconfianza se paraliza la armonía del flujo de información intercambiada y la comunicación muchas veces se clausura.

Nos interesa en este texto el abordaje de la desconfianza desde el punto de vista meramente comunicativo; es por ello que en ningún caso, será tratada como trastorno psicológico ni como síntoma de las rupturas o resquebrajamientos del sentido de lo social-colectivo. En este trabajo se reflexionará en torno a la desconfianza como factor detonador de “incomunicación”, amén de las aristas coincidentes que ello arroje con los otros dos tratamientos del tema que hemos mencionado. Para cumplir con nuestro objetivo, primero nos ocuparemos de definir la “incomunicación” como un modo de ser particular de la comunicación y su relación con el malentendido en tanto consideramos que en la producción y recepción de desconfianza en situaciones de comunicación interpersonal

prima más el malentendido que la inseguridad propiamente dicha; asimismo reconduciremos la discusión hacia la intimidad como criterio para definir la posibilidad de existencia de la comunicación efectiva y los vínculos que este concepto establece respecto a los modos de “incomunicación”. Por último, abordaremos la construcción de esquemas de producción de desconfianza en las relaciones interpersonales para así poder dar cuenta de cómo actúa ésta como factor de “incomunicación” al interior de las mismas.

2. Breves apuntes sobre la “incomunicación” y su relación con el malentendido

La incomunicación ha sido abordada desde tres perspectivas básicamente: una perspectiva eficientista o técnica de la comunicación, amparada en el legado de José Luis Prieto; otra psico-sociológica, vinculada a las reflexiones de Castilla del Pino, y más contemporáneamente a las de Zygmunt Bauman (aunque es preciso señalar que este autor no habla directamente de “incomunicación”); y otra perspectiva de análisis es la que se desarrolla desde el campo de la comunicación propiamente dicho representada por José Luis Piñuel y Carlos Lozano.

Antes de pasar a desarrollar este apartado, comentaremos brevemente estas aportaciones al estudio de la incomunicación no sólo debido a que el término en sí mismo resulta problemático, sobre todo si tenemos en cuenta que suele entenderse a la incomunicación como no-comunicación, sino también debido a que es a partir de estas definiciones existentes que proporcionaremos el soporte conceptual y teórico desde el cual estaremos concibiendo a la incomunicación como fenómeno en lo general y como resultado de situaciones comunicativas donde la presencia de la desconfianza en uno o ambos hablantes obstaculiza o impide la comunicación intersubjetiva entre los sujetos.

Comenzaremos con la propuesta del teórico español José Luis Prieto (1966), en tanto abona a favor de la incomunicación desde una perspectiva eficientista que en este trabajo se desestima por completo. Este autor concibe a la incomunicación como un fracaso de la comunicación que se da bajo el influjo de lo que considera dos factores básicos e interdependientes: la ambigüedad y la mala comprensión. En su opinión, si un mensaje es ambiguo esto se debe a que no es claro en lo que dice, lo que provoca una mala o nula comprensión por parte del receptor (Prieto, 1966: 60-65); sin embargo, como se puede observar, lo que en realidad se cancela no es la comunicación, sino la posibilidad de entendimiento del receptor.

A nuestro modo de ver, el error de Prieto es concebir el entendimiento como sinónimo de comunicación, lo cual resulta comprensible si tenemos en cuenta el año en el que desarrolla su tesis y el paradigma estructuralista imperante; desde su perspectiva conceptual la incomunicación es un problema del código ya que en palabras del propio autor, el mensaje que se transmite debe ser el mismo que se recibe. Esta postura no sólo es obsoleta, sino errada porque el receptor siempre puede cooperar e incluso puede comprender algo distinto a lo que se ha querido comunicar, lo que sabemos no implica fracaso o ruptura de la comunicación, sino más bien un proceso que en el peor de los casos puede plantearse como poco o nada eficiente en el plano del entendimiento, pero nada más.

En otro orden de cosas, desde el campo de la comunicación como ya comentamos se registran las reflexiones de Piñuel y Lozano (2006) para quienes la incomunicación resulta un fallo o fracaso en los objetivos de la comunicación; estos autores consideran la incomunicación como una anomalía en los actos y procesos comunicativos derivados de la forma misma de comunicarse (Piñuel y Lozano, 2006, p. 6). Sin embargo, este enfoque en el que a primera vista se puede observar cierta influencia del eficientismo, con una mirada más clara y atenta sobre todo a la perspectiva misma de la comunicación que proponen los autores a través de su Teoría de la Mediación Dinámica de la Comunicación Social, logra despejar esta nebulosa para dar paso a una definición de incomunicación

como un modo de ser de la comunicación, que en tanto se genera al interior de los procesos comunicativos mismos, se gesta a partir de la forma que los sujetos emplean para comunicarse. Sin embargo, aunque los autores no determinan qué hay que entender por “la forma de comunicarse”, se expresa claramente que no se trata de la incomunicación como ausencia de comunicación, sino como fallo en los objetivos o la finalidad de ésta.

Es justamente esta consideración la que nos parece parcialmente pertinente en este trabajo pues, como veremos más adelante, entendemos la “incomunicación” como un modo de comunicación que pudiéramos llamar “incomunicada”, es decir, que no logra una comunicación efectiva o real entre las personas o sujetos, como afirma Castilla del Pino (2002). Pero hemos de aclarar que para nosotros, a diferencia de Piñuel y Lozano (2006), cuando los objetivos o la finalidad de la comunicación no se cumplen la comunicación resulta ineficaz, lo que más bien afecta al entendimiento (perspectiva eficientista o técnica) y no a los sujetos que es donde nosotros queremos poner el énfasis al hablar de incomunicación.

En ese sentido, de la perspectiva de la mediación dialéctica de Lozano y Piñuel rescatamos lo referido a la comunicación como interacción mediadora en los procesos de socialización, ya que esta conceptualización defiende la idea de la comunicación como soporte para la existencia y perpetuación de los sistemas vivos, desde su más elemental nivel biológico hasta el nivel social-cultural. Y aunque a nosotros sólo nos interesa aquí la comunicación humana en su nivel interpersonal, dicha definición resulta altamente provechosa como pilar teórico-conceptual desde el cual pensar a la incomunicación como modo o forma de comunicación “incomunicada”.

A tenor con lo anterior nos interesa más bien partir en nuestra reflexión del concepto de “incomunicación” de Castilla del Pino, que si bien no resulta del todo ad hoc a nuestras intenciones y criterios, se instala como el más cercano. Para Castilla del Pino, la incomunicación es un modo de comunicación que adquieren los procesos comunicativos en los que no se “verifica” el pensamiento ni la reflexión del, o a través de, el Otro (Castilla del Pino, 1989).

Sin embargo, si bien la conceptualización de la incomunicación por parte de este neurólogo y psiquiatra español obedeció a su preocupación ante el creciente y vertiginoso desarrollo de la tecnología que consideró a su vez parte de un proceso de consolidación de una estructura social anómica, es decir, incapaz de generar estructuras que posibilitaran a los individuos satisfacer sus necesidades y metas más humanas, su definición de incomunicación enfocada sobre todo a la relación sujeto-sujeto, más allá de estas aristas tecnológicas, resulta muy provechosa en tanto da pie para pensar la incomunicación como resultado de un proceso comunicativo en el que se obstaculiza y/o cancela la participación efectiva de al menos uno de los hablantes.

Como se puede notar, así entendida la incomunicación no supone una ausencia de comunicación, sino más bien una manera de interactuar que podríamos caracterizar de momento como superficial y efímera, en tanto se da como opuesta a las relaciones basadas en la confianza y la protección que brinda el contacto continuado y próximo entre los sujetos. Por ello, insistimos, no nos referimos a la “incomunicación” como la no-comunicación; de hecho, ni siquiera nos referimos a ella como un modo de comunicación definitorio de la existencia humana, pero negar la presencia de “incomunicación” en los actos comunicativos, ontológicamente hablando, equivaldría a negar la conflictividad propia de los mismos.

Es el conflicto, y no el entendimiento, la regla en los actos y fenómenos de comunicación debido precisamente a que el Otro es siempre y justamente Otro en tanto diferente. Esa es la razón que nos permite afirmar que cualquier proceso comunicativo está expuesto a, y articulado por, barreras que podríamos llamar naturales (debido a su desarrollo desde la personalidad y la subjetividad de los sujetos), mismas que pueden gestar y provocar “incomunicación” debido precisamente a la forma en que percibimos al Otro y su intención. Pero, como afirmara Castilla del Pino (1989), nuestro decir y

nuestro hacer están siempre en función del Otro, por lo que no se debe pasar por alto las posturas de rechazo ante lo incomprensible.

En ese tenor, justamente creemos necesario ahondar un poco más en la diferencia entre entendimiento y comprensión, lo que consecuentemente nos conducirá a plantear más claramente a qué nos referimos cuando hablamos de “incomunicación” y cómo la desconfianza puede provocarla.

2.1. Entendimiento, malentendido e incomunicación

El acto comunicativo se halla orientado al sujeto que recibe e interpreta la información y no está exento de malentendidos ya que las interpretaciones de los sujetos receptores poseen un carácter relativo y subjetivo, donde el malentendido se instala como regla y no como excepción. El malentendido constituye una propiedad intrínseca de los actos comunicativos donde se fragmenta el entendimiento, es decir, donde la interpretación ocurre sin “pasar” por las restricciones del sentido que impone la configuración codicial de un mensaje; es por ello que no podemos hablar de “incomunicación” al referirnos a los malentendidos.

Castilla del Pino, en su libro *La incomunicación* (1970), planteaba que se está en presencia de incomunicación cuando, aun habiendo entendimiento, no logra darse la necesidad de comunicación entre los individuos. Para este autor, así como para nosotros, la incomunicación no es un asunto de entendimiento ya que éste se da sólo a nivel a-personal (en el código), sino un obstáculo en la satisfacción de las necesidades humanas que conduce al asilamiento y la desintegración social.

Según Castilla del Pino, la incomunicación resulta un proceso de no verificación de la existencia del otro, donde se debilitan y obstruyen las relaciones interpersonales. Si bien para el autor entenderse es comunicarse, la comunicación resultante del simple entendimiento es falaz justamente por incompleta; en sus palabras: “el entendimiento sólo exige la comprensión de la comunicación, mas no que lo comunicado sea todo lo comunicable” (Castilla del Pino, 1989: 25); en ese sentido, el problema de la incomunicación se ancla en la imposibilidad de comunicar todo lo comunicable. Veamos qué significa todo esto.

Lo comunicable, sin ser definido claramente del todo por el autor, constituye la comprensión del ser humano en su totalidad como persona o sujeto (la influencia de Husserl, Buber y Gadamer sobre este planteamiento de Castilla del Pino se juzga sola), y no en su carácter objetual o instrumental. Como se puede observar dicha concepción rechaza la postura utilitarista sobre la relación con el Otro, que en las sociedades contemporáneas se ve reforzada como dijera el propio autor por la consolidación de los medios y otros dispositivos de información y comunicación que si bien permiten el entendimiento promueven el olvido de la persona en tanto vehiculan relaciones de poder y reificación entre sujetos.

Esa es la razón por la que Castilla del Pino se refiere a la incomunicación como modo de comunicación falaz e incompleta que no satisface las necesidades de comunicación del ser humano, es decir, la necesidad de verificar su decir –verificar(se)- en el Otro, a través de él. En ese sentido, insistimos, la incomunicación no puede entenderse como ausencia de comunicación sino más bien como imposibilidad de la comprensión del Otro mediante la comunicación. Hay incomunicación cuando, paradójicamente, sólo hay entendimiento y nada más.

La diferencia entre entendimiento y comprensión se convierte entonces en el criterio principal para hablar de incomunicación y comunicación, respectivamente. Pero el entendimiento, en los propios términos en que el psiquiatra español lo describe, resulta un arma de doble filo ya que no puede haber entendimiento sin lenguaje, y es justo el lenguaje el que si bien posibilita el acercamiento comunicativo entre los individuos, al mismo tiempo constituye su limitación pues pone trabas o límites al acervo de lo expresable del ser. Así, el lenguaje sólo puede decir una parte de todo lo *dicible*

del ser sobre sí mismo. ¿Cómo entonces, bajo estas circunstancias tan singulares del lenguaje, puede el ser humano comunicarse efectivamente con el Otro? Aquí Castilla del Pino nos ofrece otra vez respuestas.

Parafraseando su dicho, señalamos que sólo en la completa consciencia de que nos comunicamos parcialmente, es posible comunicarnos efectivamente, es decir, es posible entrever que lo dicho por el Otro es sólo una parte de su ser, de lo que es como persona. La comunicación efectiva, como se puede ver, es para Castilla del Pino, la comunicación real entre sujetos donde uno se verifica como ser en el Otro y viceversa.

Así entendidos, los procesos y actos comunicativos se enfrentan sin remedio tanto al malentendido como a otro tipo de barreras que con anterioridad hemos caracterizado como naturales en tanto surgen y se gestan al interior de ellos mismos. Estas barreras, asociadas en lo fundamental con las percepciones, alimentan el cúmulo de emociones y sentimientos que entran a jugar en los fenómenos comunicativos, cualquiera sea su naturaleza, nivel o dimensión.

No podemos olvidar ni por un momento que el ser humano es un ser bio-psico-social, lo que nos remite a entender todas sus prácticas, incluyendo la comunicativa, nunca ajenas a su afectividad ya que es esta afectividad lo que posibilita la experiencia de las emociones y los sentimientos que se hallan presente en cada acto de la vida humana. El intercambio de afectos en forma de emociones y sentimientos resulta ser materia significativa hacia el Otro y por tanto comunicación.

En el entendido de que todo intercambio afectivo es comunicación, es la comunicación un proceso interactivo de intercambio de información simbólica y simbolizante donde justo las emociones y los sentimientos se visibilizan en el proceso comunicativo en tanto de ellas depende la generación de la conducta expresiva (dichos, gestos, comportamientos) que se torna significativa para el intercambio en cuestión.

En el caso de la desconfianza, que es el sentimiento que nos ocupa en este trabajo, su aparición durante el acto comunicativo permea todo el proceso, generando las más de las veces malentendidos. La desconfianza se activa cuando se cuestionan las intenciones del Otro, lo que en términos más psicológicos y afectivos se puede entender como cuando el Otro se nos revela desconocido. Pero si tenemos en cuenta que el Otro siempre nos es desconocido sólo por ser diferente, podemos afirmar que la presencia de la desconfianza en las relaciones interpersonales es siempre latente.

Nuestra manera de percibir la realidad (que incluye siempre la percepción del Otro) es el resultado tanto del modo en que captamos los estímulos externos como de la forma en que los interpretamos, de ahí que sea plausible colegir que el contenido de nuestras interpretaciones depende en gran medida no sólo de lo que percibimos verbalmente, sino también de lo que percibimos sensorialmente, o sea, a través del gesto, la entonación de la voz, el ritmo, el acento, la vestimenta, la pose, etc.

Dado lo anterior, desde el punto de vista comunicativo podemos decir que la desconfianza con respecto al Otro se materializa en dos sentidos: en el sentido de percibir al Otro como extraño y ajeno, y en el sentido de suponer y cuestionar, debido a lo anterior, la intencionalidad de sus actos comunicativos. El primer factor comporta variables psicológicas que mencionaremos durante la exposición de este trabajo pero no detallaremos por superar las pretensiones de este texto, y el segundo se aboca directamente a lo comunicativo. Es ahí donde nos centraremos a partir de ahora.

3. Sobre la comunicación interpersonal y su relación con la confianza

Comúnmente se define la comunicación interpersonal como aquella comunicación cara a cara entre dos personas en la que se da un intercambio de mensajes que proceden de fuentes verbales y/o no verbales, pero la existencia de las nuevas tecnologías ha permitido ensayar una definición menos restrictiva que no enfatiza ni la co-presencia física de los interactuantes ni su número.

Se complejiza la definición si se tiene en cuenta que en los procesos de comunicación interpersonal los sujetos se influyen o afectan mutua y simultáneamente como en ningún otro tipo de comunicación, por lo que el intercambio de mensajes que sostienen durante su interacción comunicativa guarda estrecha relación con la proyección de sus subjetividades en función del intercambio mismo.

En ese sentido, lo anterior indica que la relación que sostienen los hablantes durante una interacción comunicativa de tipo interpersonal es básica y esencialmente interdependiente, es decir, se da de forma recíproca y es justamente el resultado de tal reciprocidad; de ahí que la comunicación interpersonal se defina más que por la presencia física que normalmente es conocida como interacción cara a cara, por el sentido de reciprocidad e interdependencia que permea la interacción en sí.

Bajo los criterios antes expuestos, fenómenos tales como ciertos movimientos sociales o religiosos, los partidos de fútbol y conciertos de música popular pueden ser observados y estudiados, rompiendo así la barrera imaginaria de que la comunicación interpersonal ocurre sólo entre dos. Claro está, el criterio numérico nos habla que mientras menos sean los sujetos que intervienen en la comunicación interpersonal mayor probabilidad habrá de establecer relaciones de reciprocidad e interdependencia ya que ambos parámetros se hallan muy vinculados a la instauración de lazos de comprometimiento mutuo lo que es más factible entre pocas personas.

No obstante lo dicho hasta el momento, debemos aclarar que el hecho de que la relación comunicativa interpersonal suela ser recíproca, comprometida e interdependiente, no significa que esté exenta de conflictos. Sabemos que el conflicto está presente en cualquier situación comunicativa ya sea mediante la falta de entendimiento provocada por una mala o deficiente utilización de los códigos, o por la ausencia de referentes compartidos; sin embargo, sólo en este último caso la presencia del conflicto durante la comunicación estaría determinada por los sujetos, siempre expuestos a los vaivenes de sus emociones y sentimientos, donde los referentes juegan un papel fundamental. Esto se acentúa en la comunicación interpersonal toda vez que la inmediatez de su propia dinámica hace que el Otro sea ineludible e impostergable.

En la comunicación interpersonal, la necesidad de dar respuesta al Otro durante el proceso comunicativo se torna imperativa para el sostenimiento mismo de la comunicación; de ahí su impostergabilidad. En esta cuerda reflexiva, como se puede apreciar, el malentendido no resulta como en Castilla del Pino (1989: 27) inconsistencia o desconocimiento del sí mismo, sino fruto de la incomunicación que fragmenta o disuelve la relación íntima con el Otro.

Antes de proseguir, cabe aclarar que nos referimos a relación íntima para definir la relación interpersonal toda vez que ésta (ya sea que tenga lugar entre dos hablantes, o de forma grupal, organizacional, social o mediática) revela ciertas características que apuntan a la proximidad empática de los interlocutores. No se trata, como ya comentamos, de una cercanía o proximidad física¹, sino más bien de una proximidad interdependiente en el plano afectivo.

¹ Se puede estar en un elevador interactuando con personas desconocidas y no podemos llamar a la comunicación resultante de dicha interacción, interpersonal, en cambio, hablamos de comunicación interpersonal cuando sostenemos pláticas “ardientes” en el chat de un servidor.

La complejidad propia de una conceptualización como ésta que se resiste a una definición estricta, propicia la confusión misma de una situación comunicativa de tipo interpersonal observable; en ese sentido, proponemos el criterio de intimidad entendido en una primera instancia como un ámbito de seguridad o confianza, donde los interlocutores se sienten de alguna manera conscientemente confortables con la presencia del Otro. Consecuentemente, afirmamos que no hay ni puede haber relación interpersonal en la que se viole este sentido de seguridad que es intrínseco a la intimidad porque lo íntimo es necesariamente lo cercano al sí mismo; de ahí el bienestar y la seguridad que provee la confianza en el Otro. De hecho, una persona protege su intimidad de otra justo porque la considera extraña e intrusa. Así, la protección es una respuesta a la sensación de inseguridad.

Como se puede notar, al definir la relación interpersonal como íntima se provee de un estatus confidencial (*cfr. confianza*) a la comunicación derivada de dicha relación. La confidencialidad, en tanto propiedad de la información que intercambian los interlocutores en la relación comunicativa de tipo interpersonal resulta entonces consecuencia de su intimidad, nunca su causa. Con ello desestimamos cualquier aproximación a la comunicación interpersonal basada en la confidencialidad de sus contenidos informativos y promovemos el entendimiento de la confianza, en su relación con la confidencialidad, como resultado de la intimidad o proximidad entre los interlocutores.

Confidencialidad y confianza se relacionan entonces la una como efecto de la otra: la confianza engendra la confidencialidad, pero no funciona al revés. Puede haber confidencialidad y no confianza (la información que se maneja entre personas autorizadas a utilizarla puede ser confidencial sin que ello implique un grado de confianza entre ellos), pero siempre que hay confianza se presupone la confidencialidad. En ese sentido, hablamos de una presunción en tanto la confianza no es un hecho dado, sino como afirma Nooteboom (2010: 112) un estado mental del sujeto confiado.

Teniendo en cuenta lo anterior, la confianza en la relación interpersonal se gesta cuando las personas sienten o consideran que existe entre ellas cercanía ontológica (normalmente dada por la vía de la empatía y/o la simpatía, aunque puede generarse también por la vía reflexiva), misma que crea un clima de relación soportado en el bienestar y seguridad que se produce al sentir o pensar que el uno y el otro son de cierta forma aristas de lo mismo, es decir, que la multiplicidad y la diversidad que distingue a los seres humanos se revela de cierta forma superficial ya que en la esencia hay similitud, cercanía, semejanza.

Dicho bienestar que como ya comentamos apunta de forma concreta a la sensación de seguridad, hace que nos sintamos seguros con el Otro en tanto se percibe al Otro justamente como “otra forma del sí mismo”, por ello, la confianza se convierte en el soporte de la relación en tanto se desvanecen los límites de la individualidad al extenderse la individualidad del sí mismo hacia el Otro en el cual se ha confiado el ser. Así toda comunicación derivada de una relación de este tipo no puede ser más que una relación intersubjetiva.

A propósito de lo anterior, el diálogo como ejercicio supremo de la intersubjetividad propone justamente, como dijera Bajtín (1986), tener en cuenta al Otro. No hay diálogo fuera del Otro, sino precisamente gracias a él; de ahí que el diálogo, como la confianza, sean condiciones de lo interpersonal-intersubjetivo en tanto en este tipo de relación comunicativa esencialmente es el Otro el que cuenta. La comunicación interpersonal es así entendida como aquella comunicación en la que se enfatiza la relación con el Otro, o sea, la relación sujeto-sujeto, intersubjetiva, imposible de ser pensada sin intimidad y sin confianza.

Esa es la razón por la que afirmamos que cuando estos criterios de intimidad y confianza se fragmentan o disuelven, la relación interpersonal también lo hace. Y es que no se trata de la ruptura de una relación comunicativa activada a través de roles o máscaras (Goffman, 1972), sino de la obstrucción y el debilitamiento de la relación persona-persona, donde se ve impedida la formación de

intimidad y, consecuentemente, de la confianza en tanto criterios posibilitadores de comunicación real y efectiva entre individuos y grupos.

Tanto la intimidad como la confianza son concebidos en este trabajo como ámbitos de la relación comunicativa que dispone al individuo a comunicarse real y efectivamente con el Otro, acercando el Yo al Tú, lo que indica que en este tipo de relación los seres humanos buscan reconocerse como iguales estrechando la posibilidad de comprenderse a través de la equivalencia entre sus competencias comunicativas (que no necesariamente lingüísticas). Como bien señalara Habermas en su *Teoría de la Acción Comunicativa* (1989), la comunicación tiene lugar por medio de la orientación hacia el entendimiento mutuo, que no es otra cosa que el reconocimiento de la validez de la acción comunicativa para todos los interlocutores en la consideración misma de su ser como sujetos.

En ese sentido, teniendo en cuenta que el entendimiento mutuo apunta a la comprensión como modo de comunicación no sólo intersubjetiva, sino sobre todo, si se nos permite el término, personalista (es decir, en función de la persona, tal y como lo definiera Buber en su *Yo-Tú*, de 1969), toda acción comunicativa fuera de estos fines tendría que ser relegada a la esfera de lo instrumental, esfera en que la intimidad y la confianza, como modos de relación comunicativa tendientes a la comprensión del Otro y del sí mismo, no tienen ni pueden tener cabida.

En esas circunstancias es el poder, y las relaciones que se derivan de su ejercicio, los que anulan justamente la intimidad, por lo que la disposición hacia la comprensión del Otro resulta inversamente proporcional. Somos conscientes, no obstante, de que el diálogo que la intimidad y la confianza promueven sólo puede tener lugar si se suspenden aunque sea circunstancialmente los lugares desde los que se configuran y articulan las relaciones de poder entre individuos y grupos (el término “suspensión” lo usamos en el sentido en que lo maneja la Teoría de la Construcción de la Tercera Cultura, de Casmir, 1993, para quien suspender la identidad cultural implica, en tanto resultado, hacer emerger una identidad flexible y diversa que permita la comprensión del Otro en su diversidad y diferencia), y al mismo tiempo somos conscientes también de que la suspensión de estos lugares de poder sólo puede ser posible gracias a la voluntad y el deseo de los interlocutores que en la búsqueda de su reconocimiento como personas a través del reconocimiento del Otro como persona también, en la medida en que puedan entrenarse para hacerlo, mostrarán ventaja con respecto a otros sujetos cuyas habilidades no sean tan eficaces.

3.1. Desconfianza y comunicación interpersonal

Desde la epistemología semiótica, la posición de Fontanille y Greimas (2002) sobre las pasiones se orienta hacia un paradigma constructivista que coloca al sujeto cognoscente frente al mundo cognoscible a través de la transformación de lo percibido sensorialmente hacia lo significado. Por ello, estos autores otorgan gran importancia a la competencia como estado del estar-ser del sujeto, pues es ahí donde se configura la transformación a la que aluden.

En su decir, la configuraciones pasionales se mueven entre la praxis del enunciado, que no es otra cosa que la generación de sentidos mediante estructuras susceptibles de ser convocadas e integradas por la percepción del sujeto, y la génesis sociocultural del sentido, a modo de integración de una especie de ideolecto o sociolecto que es la forma que adquiere la emoción una vez *hecha* lenguaje, es decir, una vez percibida en términos de significado. Así, siguiendo a los autores, los objetos del mundo que son percibidos por los sujetos se tornan significantes con significados porque la percepción misma figurativiza el sentido, es decir, le otorga carácter sensible al sentido. Por eso es que podemos hablar de sonrisa “radiante” o “diáfana”, de sarcasmo “hiriente” o “punzante”, etc.

Pero hay que tener en cuenta que esta figurativización del sentido no sólo obedece a la norma sociocultural misma que a través del lenguaje “amarra” la descripción de lo percibido sensiblemente como afirman Greimas y Fontanille, sino que también lo hacen con respecto al despliegue de la sensibilidad biológica y fisiológica del sujeto. En ese caso, el sujeto efectivamente puede percibir algo que no puede describir, o sea, que es indescriptible o innombrable, lo que en el intento por expresarlo a través de emociones (miradas, gestos, movimientos), es probable que genere malentendido.

Aunque Greimas y Fontanille no se enfocaron en la desconfianza como pasión, elaboraron un esquema de modalizaciones (Greimas y Fontanille, 2002: 58-59) basado en el discurso, que metodológicamente nos permite aproximarnos a la desconfianza e intentar su conceptualización. Para los fines de este trabajo, analizaremos la desconfianza bajo el esquema de modelizaciones en abstracto, es decir, sin discurso propiamente dicho. A continuación desarrollaremos una reflexión en torno a la desconfianza desde el punto de vista semiótico.

Según Greimas y Fontanille las reacciones pasionales de un sujeto ante el mundo son de dos tipos: eufóricas y disfóricas. Las reacciones eufóricas se manifiestan a través de sonrisas, brincos, besos, abrazos, empatía; mientras que las disfóricas se dan mediante el llanto, las lágrimas, la depresión, la tristeza, el miedo, la angustia, entre otros.

Las pasiones eufóricas articulan competencias modales del tipo: QUERER/DEBER SABER – QUERER/DEBER PODER; mientras que las disfóricas lo hacen a través del DEBER/NO QUERER-SABER-PODER. Como se puede notar, la primera articulación se traduce en posibilidad y apertura de la comunicación con el Otro, en cambio la segunda nos lleva a la clausura. Las diversas combinaciones que se pueden hacer a partir del cuadrado semiótico entre las relaciones eufóricas y disfóricas podrían explicar, como ya lo han puntualizado Greimas y Fontanille en su *Semiótica de las pasiones* (1994), la heterogeneidad de pasiones, emociones y sentimientos presentes en el discurso. Es en ese sentido que decimos que la modalización vuelve narrativa la pasión del sujeto.

En el caso de la desconfianza, entendida como pasión, hablamos más bien de una pasión cuya oscilación va de la euforia a la disforia que se moviliza fundamentalmente a través de un DEBER NO QUERER SABER, y tal y como sucede con los celos, su naturaleza tensional conlleva tanto a la angustia como al recelo, mostrándose entre la inquietud y la sospecha. El desconfiado/a se enfrenta así a una turbación de la confianza que describe una relación sospechosa por la disjunción del deber estar (competencia, acción) de un sujeto con respecto a su objeto en función de los juicios y las acciones de adecuación de dicha relación en torno a una creencia previamente construida (la confianza traicionada). Por eso la desconfianza se gesta como una acción en el que el desconfiado/a quiere actuar desconfiadamente porque cree tener una razón para ello. En ese sentido, el desconfiado/a DEBE ser desconfiado/a; su creencia se sostiene en la valencia de que la confianza depositada ha sido traicionada, por eso desconfía.

En el entendido entonces de que se es desconfiado/a sólo cuando se desconfía, el desconfiado/a busca pistas que le garanticen el funcionamiento de su creencia. No se trata, como en el caso de los celos, de percibir una fractura en la relación de exclusividad del sujeto con respecto a su objeto, sino más bien de sospechar o recelar de sus intenciones, de su querer más que de su ser o su poder. En el querer, se halla la disposición para el deber-ser (dimensión del comportamiento) que no es más que la modalización que describe al sujeto en su estado de competencia potencial; por ello el querer deber sospechar del desconfiado/a funciona como la disposición a creer que su confianza ha sido traicionada. Por todo lo anterior, es el cuestionamiento de las intenciones del Otro el objeto del desconfiado; de ahí que lo perciba siempre como pelgro.

Pero la intención del Otro no es necesariamente revelable ya que su despliegue puede ser inconsciente, además la intención no posee una relación expresiva dada con respecto a su objeto ya que el sujeto intencionado está siempre condicionado por sus propias intenciones. En las situaciones

de desconfianza el desconfiado/a supone la existencia de una intención X en el Otro, pero no puede dar cuenta de ella más que por la vía de la especulación y la hipótesis, lo que si bien no es negativo en sí mismo, en situaciones de comunicación interpersonal comporta un riesgo bastante mayor, en tanto el Otro resulta esencial. Una duda o sospecha sobre sus intenciones conduce la mayoría de las veces a la clausura de la comprensión mutua en tanto se quebranta la confianza y la empatía entre los sujetos. En ese sentido, resumimos, la desconfianza no sólo gesta incomunicación, sino que la contiene.

Es así que podemos dar cuenta que la reacción pasional del desconfiado parte de la creencia de una confianza traicionada, su deber-hacer (actuar desconfiadamente) que implica un saber-deber (creer que la confianza ha sido traicionada) para poder-hacer (sospechar o desconfiar como acto concreto de desconfianza). Es un estado del ser, no de ánimo, desde el que se intenta acallar al Otro por medio de una estrategia violenta de sometimiento discursivo desestimando sus razones en tanto ponen en peligro el andamiaje de la creencia desconfiada. Debido a ello consideramos a la desconfianza una forma violenta de comunicación que tiende a la incomunicación.

4. A modo de conclusión: un somero abordaje a las gramáticas de producción de la desconfianza

Como hemos señalado hasta el momento, la desconfianza se instala en el desconfiado/a como una modalidad de su acción discursiva que a manera de estrategia, convierte a la acción comunicativa en una acción contra el Otro en tanto demarca o delimita, al mismo tiempo que sus intenciones, sus identidades: el par alteridad-mismidad da lugar a dos espacios diferentes de construcción de subjetividad y ámbitos de relación en el que el Otro no sólo se perfila como el no-Yo, sino especialmente como amenaza.

La fractura u obstrucción de la capacidad empática del desconfiado/a opera entonces como obstáculo para concebir al Otro como parte del sí mismo; además si a ello añadimos que el desconfiado/a sólo puede especular sobre si se ha traicionado o no la confianza que ha depositado en el Otro es fácil colegir que la única vía de interlocución posible en ese escenario es la sospecha, misma que si bien no es violenta per se, sino sólo cuando el Otro admite de alguna manera la regulación y el control que la especulación del desconfiado/a ejerce sobre el intercambio comunicativo en cuestión, resulta a todas luces un elemento obstaculizador durante el proceso de relación y verificación persona-persona.

En otras palabras, como el sujeto desconfiado no permite el despliegue de una lógica racional porque siempre está dispuesto a buscar algo que le posibilite afianzar su sospecha, en tanto presupone la existencia de motivos ocultos e indescifrables está convencido que se le traiciona, de ahí su deber estar alerta mismo que le franquea el paso de la simple suspicacia al sospechosismo, fracturando con ello la comunicación real y efectiva con su interlocutor a quien de entrada le adjudica intenciones peligrosas a su integridad.

Es así que al ejercer la desconfianza el desconfiado/a busca someter al Otro obstaculizando el despliegue de su ser como persona al presuponer de antemano su deslealtad, lo que impide también la posibilidad real de transformación de dicha presunción. Como se puede apreciar, desde la propia consideración de la desconfianza como opción de relación con el Otro hay despliegue de incomunicación.

Veamos ahora cómo funciona la desconfianza como actividad comunicativa desde las competencias del sujeto desconfiado. Para ello nos basaremos en las 4 áreas de caracterización del sujeto violento planteadas por Mónica Dohmen (1995) para el caso de violencia de pareja, considerando que por una

parte la desconfianza posee aristas violentas (Romeu, 2011²), y por la otra que las competencias propuestas por Dohmen se aplican a cualquier actividad del ser humano, sea ésta violenta o no.

Lo que Dohmen llama áreas de caracterización, para nosotros son competencias en tanto se despliegan en el ámbito del hacer, es decir, en el ámbito de la sospecha como acción del sujeto desconfiado, de manera que configura la acción que en este caso sería la producción de desconfianza al mismo tiempo que caracteriza al sujeto desconfiado. De acuerdo a lo señalado, entonces, podemos decir que la producción de desconfianza se ejerce alrededor de 4 tipos de competencias o áreas de acción del sujeto desconfiado. Ellas son: las cognitivas, las comportamentales, las emocionales y las interaccionales.

Según la autora, las cognitivas se refieren al despliegue de la información previa sobre lo que es ser desconfiado, así como su fundamentación general; las emocionales se hallan vinculadas a las sensaciones del sujeto desconfiado durante el acto o comportamiento de desconfianza; las interaccionales, en cambio, hacen referencia a su actuación como sujeto desconfiado frente al objeto de su desconfianza, que en este caso son las intenciones del Otro; y por último se refiere a las comportamentales mismas que se enfocan en la actuación del sujeto frente a la desconfianza como acto o comportamiento. Veamos cómo se dan en función de los actos y comportamientos de desconfianza que nos ocupan.

Desde el punto de vista cognitivo, como ya hemos comentado, el desconfiado/a sabe en qué consiste el acto de desconfiar porque sabe que debe cuestionar las intenciones del Otro en tanto presupone que éste ha traicionado la confianza que ha depositado en él. Este conocimiento es el que lleva justamente al desconfiado/a a actuar con desconfianza, es decir, a desconfiar, a sospechar. En ese sentido al actuar desconfiadamente, el desconfiado/a no sólo sabe que lo es sino que actúa en consecuencia ya que como vimos con anterioridad está convencido de que se ha traicionado su confianza.

Emocionalmente, en cambio, durante el acto de desconfianza el sujeto desconfiado experimenta inseguridad, frustración y temor de ver convertida su creencia en la confianza traicionada en una mera intuición sin fundamento racional; de ahí que, en nuestra opinión, se intente ejercer violencia hacia el Otro para anular su decir, o sea, su argumentación, lo que forma parte ya de las competencias interaccionales. Dichas competencias se abocan entonces al despliegue de una estrategia comunicativa en la que el desconfiado/a moviliza para sí el control del habla como fuente fundamental de la argumentación. Generalmente, creemos, al desconfiado/a no le interesa anular o someter la expresión no verbal del Otro porque a través de ella no se puede argumentar racionalmente, que es lo que destruiría la creencia en la que se soporta su ser y hacer desconfiado, más bien se interesa por anular al Otro en su expresión verbal, o sea, en su decir.

Como se puede notar, producir desconfianza es un proceso en el que se cuestionan las intenciones del Otro, violentando la comunicación entre los interlocutores, o lo que es lo mismo, las posibilidades de relación con los sujetos de cuyas intenciones se sospecha; de ahí la presencia misma de la incomunicación, es decir, de una comunicación incomunicada que si bien atiende al entendimiento, no repara en el ser, o para ser más exactos, no repara en las necesidades de comunicación del Otro.

La forma de comunicarse del sujeto desconfiado resulta así entendida como una forma violenta de comunicación que enfocada a la no comprensión del Otro sobre la base de la sospecha y la validación de la misma, nos permite concluir que existe una profunda interrelación entre desconfianza e incomunicación en tanto la primera engendra la segunda, formando ésta parte ineludible de aquella.

² Se hace referencia al texto *Las aristas violentas de la desconfianza: una reflexión teórico-conceptual desde la comunicación interpersonal*. (artículo aceptado para publicar *Anuario de la Asociación Mexicana de Investigadores en Comunicación (AMIC)* 2011)

Bibliografía

- Bajtín, M. (1986). *Speech Genres and Other Late Essays*. Trad. Vern McGee. Austin: University of Texas Press.
- Buber, M. (1969). *Yo y tú*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Casmir, F. (1993). "Third Culture Building. A paradigm Shift for Intrnacional and Intercultural Communication". En S.A. Deetz, *Communication Yearbook/16*. London: Sage, pp. 407-428.
- Castilla del Pino, C. (1989). *La incomunicación*. Barcelona: Ediciones 62.
- Fernández Christlieb, Pablo (1994). "Teoría de las emociones y teoría de la afectividad colectiva". En revista *Iztapalapa* no. 35 (extraordinario), pp. 89-112.
- Goffman, E. (1972). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrurtu.
- Greimas, A. y Jacques Fontanille (2002). *Semiótica de las Pasiones (de los estados de cosas a los estados de ánimo)*. México: Siglo XXI.
- Habermas, J. (1989) *Teoría de la Acción Comunicativa*. Madrid: Cátedra.
- Nooteboom, B. (2010). "La dinámica de la confianza: comunicación, acción y terceras partes". En *Revista de Economía Institucional*, Vol. 12, No. 23, segundo semestre, pp. 111-133.
- Piñuel, J.L. y C. Lozano (2006). *Ensayo general sobre la comunicación*. Barcelona: Paidós.
- Prieto, J.L. (1966). *Mensajes y señales*. Barcelona: Six Barral.
- Serrano, S. (1984). *La semiótica, una introducción a la teoría de los signos*. Barcelona: Montesinos.
- Torring, J. (1991). "Imágenes de una trayectoria. Un repaso al análisis del discurso". En Buenfil, Rosa Nidia (1998). *Debates políticos contemporáneos: En los márgenes de la Modernidad*. Plaza y Valdés Editores, pp. 31-54.
- Watzlawick, P. et al. (1993). *Teoría de la Comunicación humana*. Barcelona: Herder.